

CAPITULO VI.

LAS LEGACIONES.

I.

Una tarde en Ferrara.—El *Castello*.—Recuerdos de Lucrecia Borgia.—Parisina.—El Tasso.

Mi primera operacion al desembarcar en *Ponte Lagoscuro* fue respirar con toda mi fuerza, como si acabaran de quitarme de encima una montaña de plomo. ¡Estaba en un pais libre!

Maquinalmente, me volví hácia la orilla que acababa de dejar; y al ver en ella á los soldados austriacos y la bandera amarilla y negra sobre la aduana de *Santa María*, diéronme tentaciones de significar á los tiranos del Veneto no sé qué sangrienta burla, no sé qué odio mezclado con regocijo, no sé qué amenaza y qué desprecio... que podian resumirse en este solo grito: ¡*Viva Italia!* pero no me atreví á pronunciarlo, temeroso de que los *bersaglieri* y los habitantes de *Lagoscuro* lo tomasen por una cobarde adulacion, y los tudescos por una tardía baladronada.

Sofiqué, pues, mis afectos y me dirigí á la aduana piamontesa.

—Puede usted continuar su camino, se apresuraron á decirme los empleados, sellando mi pasaporte sin leerlo y devolviéndome el saco de noche sin abrirlo.

Yo les di las gracias, y monté en una silla de posta igual á la que habia dejado en la otra márgen.

Los caballos, que piafaban impacientes, salieron al galope.

Una hora despues llegaba á las puertas de Ferrara.

Serian las cuatro de la tarde.

Desde que penetré en la primera calle de esta antigua córte de los duques de Este, eché de ver que la ciudad es demasiado grande para la poblacion que hoy la habita.

El perimetro de Ferrara no bajará de dos leguas y media; y sin embargo, apenas contiene 50,000 almas.

Las calles son anchas, rectas, y están empedradas de menudos guijarros. Los enormes edificios que las forman, entre los que se ven centenares de palacios, tienen un aire señorial, magestuoso, venerable, que recuerda los grandes tiempos de esta ilustre capital.—Muchos de estos palacios están cerrados por falta de inquilinos.

La yerba, amiga siempre de la soledad, crece impunemente á la puerta de aquellos sepuleros de pasadas generaciones, y los escudos de armas, tallados en piedra, que adornan las torres y las portadas, asi como los que se ven engastados en los hierros de rejas y balcones, parecen los epitafios de las nobles familias que allí vivieron y de que ya solo queda un pálido nombre en la historia.

Al principio atravesé calles completamente desiertas.

Mas adelante ví algunos hombres embozados en capas negras, mas cortas y de menos vuelo que las españolas.

Luego entramos en una calle en que habia ya algun comercio, algun ruido, alguna animacion.

Llegábamos al centro de la estensa capital.

En muchos balcones ondeaba la bandera tricolor de Italia, y en las muestras de las tiendas se advertian indicios del entusiasmo que inspira á los ferrareses el nuevo estado de cosas.

Almacen de la Unidad, decia un letrero. *Café de Cavour*, se leía en otro lado. *Calle de Solferino*, rezaba un azulejo. *Bazar de Victor Manuel*.—*¡A la nueva Italia!*—*Fonda de la libertad*, decian otros rótulos.

Y á mas de esto, veíase en las esquinas una infinidad de carteles con anuncios de folletos, libros, periódicos y espectáculos, cuyo solo titulo hubiera constituido un crimen ó una heregia á los ojos del *Cardenal Legado* que imperaba en esta ciudad, en nombre de la Santa Sede y con ayuda de las bayonetas austriacas, antes de las famosas anexionen del año último.

Al considerar todas estas cosas, no podia menos de conmovirme, pensando en la profunda turbacion que debió de experimentar este pueblo al pasar bruscamente desde el mas intolerante absolutismo á la mas amplia libertad.—*¡Qué catástrofe aquella para los que vivían apegados al antiguo régimen! ¡Qué delirio de júbilo para los que deseaban, pero no se atrevían á esperar lo que sucedió de pronto! ¡Qué terrores! ¡Qué vértigos! ¡Qué alegrías! ¡Cuántas lágrimas de placer ó de pena! ¡Cuánta locura en todas las imaginaciones! ¡Cuántas ruinas y cuántas resurrecciones en una hora!*

De todas estas peripecias solo quedan ya en la ciudad (en el centro de ella, vuelvo á decir) los vestigios de la alegría.

La pena acaba siempre por ocultarse.

Un júbilo expansivo se reflejaba esta tarde en todos los rostros. Los ferrareses iban y venian de una calle á otra, vestidos con su ropa de los dias de fiesta, á pesar de ser hoy dia de trabajo. Todas las jóvenes de la ciudad (¡cosa rara en un pueblo de provincias!) salian á paseo en el momento que yo cruzaba por la *via dei Piopponi*, y dicho sea de paso, algunas de ellas me han parecido muy lindas y muy elegantes. (Réstame ahora saber si perpetuan la tradicion de Lucrecia Borgia.) Los jóvenes, vestidos de guardias nacionales, conferenciaban gravemente á la puerta de los cafés. Algunos organillos tocaban los himnos de Milan y de Garibaldi. En un canal que atraviesa toda la poblacion, se veian dos ó tres falúas empavesadas con gallardetes tricolores. El sol, en fin, que se ponía por el extremo de una larga calle, proyectaba horizontalmente su radiosa luz sobre el leve tamo de la atmósfera, haciéndole bullir y reverberar como un polvo de oro.—Esta claridad de gloria aumentaba el sublime alborozo de aquel pueblo convaleciente, que todavía no puede contar por años sus dias de independencia y libertad.

Luego pasé por delante del *Castello*, antigua morada de los señores de la ciudad.

Su sola vista me volvió á los tiempos pasados.

La Ferrara papal y la Ferrara piemontesa desaparecieron á mis ojos.

El *Castello* ó sea el palacio ducal, es uno de los alcázares mas poéticos, mas románticos, mas novelescos por su forma y por sus tradiciones, que puede imaginar la fantasia.—Aislado en medio de una plaza, rojo, elevadísimo, rodeado de profundos fosos llenos de agua, flanqueado por cuatro esbeltas y macizas torres, con sus arcos que pasan de un ala á otra, con sus puentes levadizos, con sus muros almenados, con sus ventanas ogivales y sus cadenas de hierro, ofrece un aspecto sombrío, imponente, amenazador, como la edad en que fue construido, como los príncipes que reinaron en él, como las historias de que son monumentos sus torreones y sus mazmorras.

Estas historias acudieron en tropel á mi imaginacion.

—Aquí, me dice, vivieron los Azos, los Hércules y los Alfonsos de Este, aquellos otros Médicis, famosos por sus amoríos, sus crueldades y sus fiestas.—De allí salian á pelear en defensa de la soberanía de los Papas y de la independencia de Italia, cobijadas entonces por una misma bandera.—Aquí celebraban despues sus victorias con espléndidos regocijos, que estendian por toda Europa el nombre de Ferrara, llamada con razon en aquel tiempo el emporio del placer, de la hermosura, del lujo, de la galantería, de las letras y de las artes.—Aquí tuvo lugar la tremenda tragedia de *Parisina*, cantada por lord Byron y Donizetti. Aquí los saraos presididos por Lucrecia Borgia. Aquí la disolucion, la gloria y los asesinatos cantados por Victor-Hugo.—En esos vastos salones, cuyas ventanas abiertas me dejan ver molduras doradas y lujosos cortinajes, leyó Juan Guarini su tragi-comedia *Il Pastor Fido*, en presencia de Alfonso II, de su hermana Eleonora y del infortunado Tasso.—*¡Tasso y Eleonora!* Ahí se conoció

ron; ahí la amó años y años el inmortal poeta; ahí leyó por primera vez su *Gierusalemme liberata*, buscando en los ojos de la ingrata beldad el único lauro á



El Cardenal Antonelli.

que aspiraba en el mundo, y de ahí le llevaron un día al hospital de Santa Ana, y le encerraron en un calabozo, tomando por locura su pasión devoradora!—Los salones de ese alcázar (continué diciéndome) recuerdan también haber oído á

Boiardo y Ariosto recitar sus inmortales poemas;—vieron á Ticiano retratar á Lucrecia Borgia, ó inspirarse en su peregrina hermosura para pintar las *Bacantes* y el *Triunfo del Amor*;—conocieron á Tito Vespasiano Strozzi, el último poeta latino, que componía madrigales en honor de la liviana hija de Alejandro VI,—temblaron al oír la voz de Savonarola, cuyas primeras predicaciones condenaron el escándalo en que vivían los Borgias y los Este;—albergaron á Calvino, llamado á esta ciudad por su sectaria la mujer de Hércules II;—hospedaron después por espacio de dos siglos á los Cardenales Legados;—se estremecieron un día de asombro al ver entrar por sus puertas al primer Napoleón;—y últimamente han sufrido la ominosa ocupación austriaca, único sosten del odiado gobierno pontificio.

Con esto llegamos á la puerta del hotel de la *Estrella de Oro*, de que yo tenía buenas noticias, y donde escribo estas páginas. Escogí cuarto; dejé en él mi equipaje, y torné á salir á la calle, á fin de aprovechar lo que restaba de día para acabar de ver á Ferrara y tomar un billete en la diligencia que parte mañana para Bolonia.

Como podreis suponer, mi primera visita ha sido á la *Prisión del Tasso*.

Es esta una especie de sótano húmedo, oscuro, infecto, que en su origen fue leñera del hospital de Santa Ana.

Sus cuatro paredes, su puerta y hasta el techo se hallan cubiertos de nombres ilustres.

Entre ellos he leído los de Goethe, Byron y Lamartine.

Byron grabó el suyo en gruesos caracteres, labrando una piedra con un puñal.

El conserje dice que el poeta empleó dos horas en esta operación y que pasó otras dos encerrado en el calabozo.—Lo cierto es que al cabo de ellas, y de vuelta en su casa, escribió su célebre elegía *La lamentación del Tasso*.

Encima de la puerta de la prisión hay una lápida de mármol con estas palabras en letras de oro:

RISPETATE, Ó POSTERI,
LA CELEBRITÀ DI QUESTA STANZA,
DOVE
TORCUATO TASSO,
INFERMO, PIU DE TRISTEZZA CHE DELIRIO,
DETENUTO DIMORÓ ANNI VII MESSI II.
SCRISSE VERSI E PROSE,
E FU RIMESSO IN LIBERTÀ
AD ISTANZA DELLA CITTA DI BERGAMO
NEL GIORNO VI IVGLIO MDLXXXVI (1).

Aquella mazmorra es de todo punto inhabitable, aun contando con que tu-

(1) «Respetad, oh generaciones venideras, la celebridad de esta estancia, donde Torcuato Tasso, enfermo, mas de tristeza que de delirio, vivió prisionero siete años y dos meses. Aquí escribió versos y prosa, y fue puesto en libertad á instancias de la ciudad de Bérghamo el día 6 de julio de 1586.»

viera la otra ventana cuyo sitio indica el conserje.—Yo no comprendo como un hombre ha podido permanecer allí siete años... ni siete dias.

—¡Siete años!—Y con un alma como aquella, con una imaginacion de fuego, con un corazon tierno y afectuoso, con una vasta inteligencia... con tan viva sed de gloria!...—Repito que no lo comprendo.

Y sin embargo es verdad.

Entre tanto, Eleonora, la causa de las penas de Torcuato brillaba y lucia en los saraos del *Castello*, rodeada de galanes, feliz y sonriente, olvidada del misero poeta y dispuesta á casarse con un principe de su alcurnia.

Nada mas natural.

Lo extraño hubiera sido que las cosas no pasaran de este modo.

El pobre Tasso debió de ser un ángel de inocencia, cuando no contó con esto y con lo demás que le sucedió.

El contraste de aquellos dos destinos ha sido admirablemente espresado por un gran poeta español de nuestros dias, en un drama que nadie puede haber leído (por la sencilla razon de que no está escrito); pero del cual sé yo de memoria algunas escenas, que su autor me ha recitado varias veces.

El poeta es Fernandez y Gonzalez; el drama se titulará *El último sueño*, y Torcuato Tasso habla en él de este modo:

Un tiempo mas dichoso,
cuando la luna pálida lucia,
iba á encontrarla.
¡Cuán dulce el tiempo resbalaba y grato!
¡Todo era encanto allí! ¡todo pureza!
¡todo mentira al par!!!—Y yo, insensato,
esclavo de su mágica belleza,
ángel soñaba á la beldad perjura
que en soledad de muerte me abandona
y, adúltera del alma, su fé pura
infame trueca por ducal corona.
—¡No le basta un laurel!—Pobre es mi lira;
mis héroes son soñados; mis amores
sueño que el alma en su afanar delira...
¡Todo cuanto yo soy... todo es mentira!
¡Solo hay verdad, y horrible, en mis dolores!

El guardian de la prision me ha encargado que, puesto que me dirijo á Roma, no deje de visitar en el convento de San Onofre la celda en que murió el Tasso, donde veré y leeré cosas interesantísimas, referentes al laureado vate.—Lo haré así.

Despues me presentó un libro para que escribiera mi nombre.

En él habia millares de firmas de viajeros de todos los paises del mundo.

La última es la de un español amigo mio, y lleva la fecha de hace quince dias,

Desde la prision de Tasso he vuelto al *Castello*:—de la casa de Torcuato á la de Eleonora.

En el camino he encontrado la *Plaza Arioste*, en medio de la cual se levanta la estatua del cantor de *Orlando el furioso*.

Su pedestal ha sostenido ya otras dos estátuas: una del papa Alejandro VI, derribada por los revolucionarios en 1796, y otra de Napoleon I, arrebatada por los austriacos en 1815.

El *Castello* sirve hoy de prefectura.

Algunos milicianos daban la guardia en la puerta.

Preguntéles si se podia entrar, y con la mayor urbanidad me dijeron que sí.

Entré, pues, y no encontré á nadie por ningun lado.

Empezaba á oscurecer.

Vi á la izquierda una escalera iluminada, y me dirigí á ella.

Era una hermosa escalera de caracol, ámplia, cómoda y bella, toda revestida de mármol blanco, alfombrada con mucho lujo, hecha indudablemente para arrastrar colas.

Los peldaños giraban en torno de una elipse, y de aquí el que fueran tan anchos y suaves.

Yo creí encontrarme en el siglo XVI y que acudia á un baile dado por los duques de Este.

Pero la verdad es que el primer piso del palacio ha sido restaurado por dentro, y que el prefecto de la ciudad daba á aquella hora audiencia en su despacho.

Pasé, pues, como sobre ascuas por delante de la puerta de la habitacion en que penetraba la tira de alfombra, y continué subiendo la escalera sin saber á dónde iria á parar.

Ya no revestian bruñidos mármoles las paredes. Ya no habia tampoco iluminacion ninguna. Mis pies se sepultaban en una densa alfombra de polvo. Y la espiral de la escalera no terminaba, ni conducia á ninguna parte.

Al fin encontré una puerta, por la cual se alcanzaba una débil claridad del moribundo dia.

Aquella puerta daba á un corredor, con ventanas al patio.

Este corredor me llevó á una galería con vistas á la plaza.

Al fin de la galería habia una escalera oscura...

—¿Bajaré por ella? me pregunté.

Ni ladrones ni asesinos eran de temer en el asilo de la autoridad... pero la escalera podia estar hundida, cortada... ¿Quién sabe? ¡Podia llevar á una cisterna, á una prision... tal vez á la prision de Parisina!...—Y luego, ¿quién está seguro de que no hay nada de fundamento en lo que se cuenta de los aparecidos, de los fantasmas, de las almas en pena?

Renuncié, pues, á bajar, y eché por otro lado.

Entonces recorrí salones y mas salones, todos vacíos y abandonados completamente.

El rojo crepúsculo, ya casi muerto, me alumbraba apenas lo bastante para no tener que ir tocando las paredes.

Por último me perdí.

Y seguí perdido mucho tiempo, andando y desandando un mismo camino; fatigado ya y próximo á empezar á voces, á fin de que me sacaran de aquel laberinto; con hambre y miedo... miedo de pasar allí la noche, ó de ser tomado por un ladrón, ó de encontrarme de pronto con los cinco ataúdes del festín de *Lucrezia Borgia*, y con el coro de Agonizantes, y con la misma *Lucrezia*..., armada de puñal y de veneno, envuelta en aquella rubia cabellera, tan fina y abundante, de que yo había besado... digo, tenido en la mano... una preciosa trenza en la biblioteca de Milan...

Comprended que mi situación era apurada.—Yo había acariciado el cabello de aquella terrible mujer, acaso contra su gusto... Ella se distinguió siempre por su sagaz policía y por su don de ubicuidad... Ella era muy capaz de hacer un viaje del otro mundo á este con tal de vengar una ofensa... Ella podía haber esperado á que yo visitase su palacio para pedirme cuenta del insulto de Milan...— ¡Ah! si conocéis el retrato de la Borgia pintado por Ticiano, comprendereis todo lo que aquí digo; y si conocéis la vida y aventuras de aquella mujer, comprendereis todo lo que callo.

Así andaba por pasillos y crugías, por escaleras y salones, cuando—os suplico que me creais,—yo no invento nada en estos apuntes,—oí unos leves pasos y el ruido de una falda que rozaba las paredes.

Ya era noche completa.

Yo me paré.

—¿Quién va? preguntó entonces una voz de mujer al fin de la galería en que me encontraba.

¡Creí que me moría!

—¿Sois vos? repitió el mismo acento femenino con un timbre ronco, que me pareció el de la ira.

—¿Quién va? dije yo á mi vez... por decir algo.

—Soy yo, repuso la voz aproximándoseme. ¿El señor quiere ver la prisión de *Parisina*!

Este nombre me tranquilizó un tanto.—*Parisina* me alejaba de *Lucrecia*.—Se trataba de una historia menos terrible que las que yo recordaba en aquel momento.

—Pero ¿sois vos *Parisina*? repliqué entonces, adivinando la verdadera situación.

—Yo soy la mujer del conserje, para servir al caballero, contestó la voz á pocos pasos de mí. Le he visto entrar en el *Castello* y le he seguido.—¡Por cierto que hay poca luz y nos hemos extraviado!—Si el señor quiere ver la prisión de *Parisina*, venga mañana por la mañana.—Mi marido tiene la llave y no volverá hasta media noche.

—Lo que quiero es que me saqueis de aquí, contesté todavía trémulo.

—Seguidme, dijo la mujer.

Y bajamos una escalera, y luego otra, y nos encontramos en el patio grande del *Castello*.

—¿Veis aquella luz? exclamó entonces la mujer, que era fea, y de bastante edad (ya veis que no miento.) Pues allí está la salida.—Ahora, si el señor tiene voluntad de darme alguna cosa...

Aquella luz alumbraba á una Virgen.

Cerca de ella había una puertecilla que daba sobre los fosos del *Castello*.

Cuando puse el pie en la calle esperí una alegría mayor que la que me produjo el salir de los Pozos de Venecia.

Con esta aventura di por terminada mi escursión á los tiempos pasados de Ferrara, y me vine al hotel, donde me esperaba ya la comida.

Durante ella hablé largamente de política con el que me servía á la mesa, el cual me ha contado á su modo una porción de anécdotas de la dominación romana, de la revolución del año pasado y del actual orden de cosas.

Estas anécdotas no son para referidas al público; pero me sirven á mi para formar juicio de la Italia de ayer y de la Italia de hoy.

Creo habérselo dicho: cuando viaja uno por país extranjero, aprende muchas mas verdades oyendo á los mayores, á los fondistas y á los mozos de los cafés que departiendo filosóficamente con profundos estadistas.—Estos os dicen sus opiniones: aquellos os relatan los hechos.

Cuando salí del hotel para ir al teatro, encontré que Ferrara había vuelto á sumergirse en la noche de su historia.

Todo era tristeza y soledad en las calles. La animación política se había trasladado al teatro, como vereis despues. Los palacios se sucedían en la sombra, mudos y severos, olvidados de las alegrías pasajeras de esta tarde y recordando sus grandes dias de los siglos XV y XVI.

A pesar de las minuciosas señas que me habían dado en el hotel, me perdí varias veces antes de encontrar el teatro.

Una de ellas sirviéronme de guía tres embozados de mala catadura, que se quitaban el sombrero, sin descubrir por eso la cara, al pasar por delante de los muchos Cristos y Virgenes que hay en las esquinas de la ciudad. Estos embozados me llevaron por intrincadas callejuelas, en que no se veía otra luz que la de las susodichas imágenes. Yo me acordaba de Toledo y de Guadix á las altas horas de la noche, y como que me arrepentí de haberme dejado guiar por aquella gente.

Pero también esta vez eran infundados mis temores, y los buenos ferrareses me sacaron á puerto de salvación, dejándome en la puerta del teatro.

El teatro de Ferrara es grande y bello. De sus ciento veinte palcos solo había ocupados doce. En cambio la platea estaba completamente llena. La mayor parte de la gente se hallaba de pié, y los hombres conservaban el sombrero puesto, á pesar de haberse corrido las cortinas que hacen las veces de telón de boca.

Representábase una comedia de flamante actualidad. *El desembarco de Garibaldi en Marsala*.

El público aplaudía estrepitosamente.

Yo conocía ya el asunto por los periódicos; los actores eran muy malos y el público gente muy comun.

Dime, pues, por satisfecho con media hora de espectáculo; busqué un *cicerone* entre la multitud, lo cual me costó poco trabajo y menos dinero, y abandoné el teatro con intencion de venirme derecho á casa.

Pero el *cicerone*, que era un muchacho muy listo, lo dispuso de otro modo, y quieras que no quieras, me hizo pasar por delante de la casa en que nació *Ariosto*; pararme delante de otra en que murió, situada á media legua de la primera, y saludar el palacio *Guarini*, en que viven todavía los descendientes del gran bucólico.

Ahora me alegro mucho de haber hecho semejantes visitas á los Penates de dos genios que tanto amo; pero la verdad es que estoy rendido.

A bien que la cama que me ha caído en suerte tiene nueve palmos de anchura!—En cuanto á su fecha, yo creo que no bajará del siglo XV.

¿Quién sabe si esta cama formaría parte del mobiliario de los duques d'Este, vendido en pública almoneda en 1598, cuando la Santa Sede se apoderó de Ferrara?

¿Quién sabe si habrán dormido en esta cama Lucrecia Borgia y sus cuatro maridos?

Duca Alfonso, mio quarto marito!...

¿Quién lo sabe?

Lo que yo sé es que son las doce de la noche; que mañana he de madrugar á fin de llegar á Bolonia temprano; y que me estoy cayendo de sueño.

Con que muy buenas noches.

II.

El amanecer en Ferrara.—Viaje á Bolonia.—Las torres inclinadas.—Paseos por la ciudad.
—La academia de Bellas Artes.

Son las siete de la mañana cuando escribo estas líneas en una ancha, recta y larguísima calle de Ferrara, sentado á la puerta de una casa, cerrada todavía, pero donde debe de vivir alguien, pues oigo barrer en el piso principal; enfrente de la administracion de correos, que se abrió hace un cuarto de hora, y esperando á que acaben de enganchar cuatro caballos al carruaje que ha de conducirme á Bolonia.

La mañana no puede estar mas hermosa, aunque bastante fria. Anoche ha escarchado mucho. El cielo se halla azul y limpio, como si Dios acabara de crearlo. El sol sale en este instante... y por cierto, de una manera muy original y sorprendente, que no debo pasar por alto.

La calle en que me encuentro termina en una puerta monumental, (*Porta*

di Po) compuesta de tres arcos desiguales, que se dibujan graciosamente en una verde llanura y en el turquí del firmamento.—Ahora bien: al sol le ha tocado hoy salir precisamente por aquel punto del horizonte que se divisa por el arco central de la *Porta di Po*. Ha habido, pues, un momento (hace un minuto) en que el astro del dia asomó su disco por el medio punto de la tallada piedra, como un glorioso rey que entrara en la ciudad bajo un arco de triunfo.

En cuanto á su luz, todavía penetra fúlgida y rutilante por aquel magestuoso rompimiento, inundando de vividas llamas toda la longitud de la calle.—Diríase que un cañonazo de luz, disparado en el remoto oriente, ha abierto tres brechas en el muro que cerca á Ferrara, y barrido y dispersado las tinieblas, acampadas hacia catorce horas en esta silenciosa calle.

Ferrara duerme todavía.—Por donde quiera que miro, solo veo enormes casas cerradas. Las únicas personas que hasta ahora han dado señales de vida son los dos ó tres dependientes de la diligencia, que conversan á su modo con los caballos; un señor que se pasea por la acera de enfrente, y en el cual adivino un compañero de viaje; la criada de la casa á cuya puerta estoy sentado (y digo *criada*; porque ya ha empezado á amenizar el barrido con algunas canciones,) y yo, que escribo y tomo el sol á un mismo tiempo, experimentando un bienestar y una alegría que no se como esplicarme.

Al fin de esta calle, y cerca de la puerta citada, se distingue una esbelta columna, levantada en honor de Ariosto.—El daros esta noticia, me ha costado un paseo desde aquí á la columna y desde la columna hasta aquí.

¡Qué hermosa mañana!—Ahora será todavía noche completa en mi país natal.—Si alguna persona cara á mi alma ve hoy desde aquellas tierras la salida del sol, no sospechará seguramente que el astro benéfico me ha visto á mí dos horas antes que á ella, y que lo que ella toma por el primer rayo del dia es un destello cualquiera de los que yo veré lanzar al padre de la luz cuando ya se encuentre muy levantado en mi horizonte.

Mientras discurro de esta manera, la campana de un templo vecino ha empezado á tocar á misa.

¿Qué santo es hoy?—Estamos á diez y nueve de noviembre... *Santa Isabel*.—Hoy, en España...

¡España! ¡Siempre España!—Hubo un tiempo, cuando yo la daba de filósofo, de *esprit fort*, que no creía en el amor de la patria; que lo juzgaba un sentimiento artificial, anticuado cuando menos, hijo de crueles preocupaciones.—«Todos los hombres son hermanos, me decía: las fronteras son una iniquidad inventada por los conquistadores y por los déspotas; toda la tierra es patria de toda la humanidad; las demarcaciones y delimitaciones que separan á unos estados de otros, no son sino convenciones tiránicas que anulará la civilizacion.» Y hasta leí libros y periódicos que hablaban de esta manera.

¡Oh! los que así pensáis todavía, salid de vuestra patria; recorred una ciudad que no se diferencie en nada de las que visteis en vuestro país; prestad oído atento á la campana católica, que toca lo mismo que en el pueblo que os vió